

inglesa. Muchos batallones de las legiones alemana y hanoveriana quedan rotos, hollados con las plantas, acuchillados y privados de sus banderas. Aquellos coraceros, los mas veteranos del ejército de Napoleon entre todos sacian su rabia matando ingleses sin misericordia. Inquebrantable en lo mas recio de tan deshecha borrasca, el duque de Wellington hace pasar la brigada de los Guardias de a caballo de Somerset, los carabineros holandeses de Trip y los dragones de Dornberg, por entre los huecos de su infanteria. Aprovechándose estos escuadrones del desorden inevitable de los jinetes franceses, al principio logran la ventaja, y los rechazan de seguida. Pero corriendo Ney hacia Lefebvre Desnoettes, de hace señal de llegar pronto, y sobre la caballeria inglesa y alemana del duque de Wellington le lanza al golpe. Contra los Guardias de a caballo se precipitan los valientes lanceros, y los repelen á su turno, blandiendo habilmente sus lanzas. Durante esta carga se rebacen los coraceros, y á la acometida tornan bizarramente, y unidos á los lanceros y á los cazadores se arrojan de nuevo sobre la caballeria inglesa. Mezclados unos con otros, y sable ó lanza en mano se traban mil singulares combates entre los jinetes de ambas naciones. Antes de mucho la ventaja es de los franceses, y tendida queda en el suelo parte de la caballeria contraria. Sus restos se amparan detrás de los cuadros de su infanteria, y una vez mas se ven detenidos los jinetes franceses, con gran daño de la caballeria ligera de la Guardia, que no estando ceñida de corazas, allí pierde muchos hombres y caballos bajo el terrible fuego.

Ney ya há perdido dos caballos en medio de este espantoso desencadenamiento de las furias humanas. Su traje y su sombrero están agujereados de balazos; pero siempre invulnerable ha jurado destruir al ejército inglés el valiente de los valientes. Más y más se lisonjea de llevarlo á cabo, en vista de lo que lleva hecho hasta entonces, y al descubrir inmóviles hácia el respaldo de la planicie tres mil coraceros y dos mil granaderos de a caballo de la Guardia, que no han lidiado todavía. Anheloso demanda que se le fien aquellos jinetes para dar cima á la victoria. Junto al borde de la planicie allega á los que acaban de pelear, con el fin de darles algun respiro, y hácia los otros galopa desalado para traerlos al combate.

Desde lejos habia divisado todo el ejército esta refriega formidable, y comprendido su buen resultado por el movimiento de los cascos y de las lanzas, que iban y venian de un lado á otro, y sin abandonar la posición ni lo mas leve. Al último soldado le dictaba su instinto la urgencia de continuar tal obra una vez comenzada, pues si habia falta en haberla emprendido, mayor la hubiera en interrumpirla de pronto.

Al golpe comprendió Napoleon la empresa acometida por la impaciencia de Ney, asi que atrajo su atención aquel tremendo tumulto de caballeria. Mucho se aplaudió la tal obra en rededor suyo. Pero este capitán consumado, que ya habia dado personalmente mas de cincuenta batallas campales, á la sazón dijo estas palabras.—*Se ha anticipado una hora.—Ese hombre siempre es el mismo!* añadió el mariscal Soult aludiendo á Ney; *todo lo va á comprometer, como hizo en Jena y en*

Eylau.—Sin embargo, Napoleón discurrió que urgía proseguir lo ya ejecutado, y al general Kellermann envió la orden de apoyar á los coraceros de Milhaud. Detrás de los coraceros de Kellermann estaba la gruesa caballería de la Guardia, fuerte de dos mil granaderos de á caballo y dragones, y ardiendo unos y otros de impaciencia por venir á las manos, pues la caballería se hallaba tan inflamada por lo menos como la infantería en esta famosa jornada.

Kellermann, que acababa de experimentar en los Cuatro Brazos lo que llamaba el loco ardimiento de Ney, censuró el desesperado uso que en este momento se iba á hacer de la caballería. Desconfiando del resultado, se quedó con una de sus brigadas, la de carabineros, para servirse de ella como último recurso, y entregó las demás al mariscal Ney con honda pesadumbre. Llegado este al encuentro de los coraceros de Kellermann, á quienes inflamaron su presencia y sus ademanes, á su cabeza trepó á la planicie, junto á cuyo borde tomaba aliento la caballería antes empeñada. Con sangre fría aguardaba el duque de Wellington esta nueva embestida. Detrás de la división de Alten medio destrozada, situó el cuerpo de Brunswick, los guardias de Maitland y la división de Mitchell, y en tercera línea las divisiones de Chassé y de Clinton. Dificilísimo era sin duda echar abajo estas tres murallas, pues cabía derribar una, y hasta dos acaso, pero no era de esperar que se diera al traste con la tercera. No obstante, el atrevido Ney desemboca sobre la planicie con sus escuadrones cubiertos de hierro, y á una señal suya, y al grito de *¡viva el emperador!* aquellos bizarros ji-

netes arrancan al galope blandiendo sus sables. Al decir de los testigos oculares de esta escena espantosa, nunca se vió nada parecido en los anales de la guerra. Llevando generales y oficiales al frente, se precipitan estos veinte escuadrones con todo el empuje de sus caballos, y á pesar de caerles encima una lluvia de fuego acometen á la primera línea inglesa y la rompen del todo. Destruída queda ahora la división de Alten ya tan maltratada, y todo el regimiento 69.º de ingleses queda por tierra y sin vida. Desordenadamente se refugian las reliquias de esta división sobre la calzada de Bruselas. Volviendo Ney á juntar sus escuadrones, los lanza sobre la segunda línea de los ingleses, y la embisten con igual ardimiento, si bien aquí encuentran una resistencia invencible. Rotos son muchos cuadros; pero los mas se mantienen firmes, y algunos jinetes franceses logran penetrar hasta la tercera línea, para espirar ante sus bayonetas, ó para escapar al galope, y rehacerse detrás y toruar á la carga. Entonces el duque de Wellington se decide á sacrificar los restos de su caballería, y la arroja á la retrega, donde sucumbe pronto, pues si la infantería inglesa logra atajar á los coraceros franceses con las puntas de las bayonetas, ninguna caballería es capaz de aguantar su formidable choque. En tal extremidad quiere hacer uso de mil húsares de Cumberland, todavía intactos. Pero á la vista de arena tan ensangrentada, estos húsares se repliegan desordenadamente, arastrando consigo los equipajes, los heridos, los fugitivos que ya se agolpan en tropel sobre el camino de Bruselas.

A pesar de la tenaz resistencia, no desespera

Ney de acabar con el ejército inglés sable en mano. Entonces le llega un refuerzo imprevisto. Mientras da este combate de gigantes, la gruesa caballería de la Guardia acude á su lado, sin que se conozca la causa. Algo atrás se había quedado en un pliegue del terreno; algunos de sus oficiales se adelantaron para presenciar el prodigioso combate de Ney, y creídos ya en su triunfo cantaron victoria, blandiendo sus sables. Al oír este grito se adelantaron otros oficiales, y los escuadrones mas cercanos se figuraron que se les daba la señal de ir á la carga, y se pusieron en movimiento al trote. Detrás siguió la masa, y como cediendo á un involuntario impulso, por entre lodazales treparon los dos mil dragones y granaderos de á caballo á la planicie. Por Napoleon fué enviado Bertrand para prevenirles que hicieran alto, y no les pudo dar alcance, aun esforzándose en acudir de prisa. Ney se apodera de este refuerzo inesperado, y le arroja contra el muro de bronce que ansia echar por tierra. A su turno opera prodigios la gruesa caballería de la Guardia, pero, careciendo de coraza, muchos de sus hombres caen bajo los tiros de fusilería. De nuevo lanza Ney, incapaz de desanimarse por nada, á los coraceros de Milhaud, ya descansados algun tanto, y así ejecuta una especie de continua carga, con el auxilio de los escuadrones que, tras la acometida, se van á rehacer á la espalda para cargar de nuevo. Algunos hasta dan vuelta al bosque de Goumont para tornar á entrar en línea y á empezar el combate. En medio de tal encarnizamiento, viendo Ney la brigada de carabineros, mantenida por Kellermann en reserva, allá va á todo escape, la pregunta qué hace

ociosa, y á pesar de Kellermann se apodera de ella y la conduce al enemigo. Brechas nuevas abre en la segunda línea de la infantería británica, y atropella muchos de sus cuadros, y los acuchilla bajo el fuego de la tercera línea sin reposo, y destruye las tres cuartas partes del segundo muro, sin poder siquiera encantar el tercero. Ney se obstina, de forma que hasta once veces lleva sus diez mil jinetes al combate, y matando siempre, y sin conseguir al cabo triunfar del teson de una infantería, que, atropellada un momento, se repone, y se rehace de seguida, y torna á hacer fuego. Echando espuma por la boca, despues de perder su cuarto caballo, sin sombrero, con la levita taladrada de balas, lleno de contusiones, aunque por fortuna sin una sola herida penetrante, Ney dice al coronel Heymes, que, si se le permite disponer de la infantería de la Guardia, al fin acabará con aquella infantería inglesa extenuada, y que ha llegado ya al último extremo de las fuerzas humanas; y le ordena que corra con esta demanda á Napoleon de contado.

Con esta esperanza, viendo que solo con la caballería no le es posible dar cima al combate, y que es necesario hacer uso de la infantería para acabar á la bayoneta, á sus jinetes junta sobre el borde de la planicie, y allí los mantiene con la firmeza de su continente. Briosos recorre sus filas, les exhorta con calorosas frases, les dice que es forzoso permanecer allí a pesar del fuego de la artillería, y que, teniendo valor para conservar la planicie, bien pronto se librarán del ejército inglés para siempre.—Aqui es, amigos míos, les dijo, donde la suerte de nuestro país va á ser decidida;

aquí es necesario vencer para asegurar nuestra independencia.—Dejando por un momento la caballería, y corriendo sobre la derecha hácia el conde de Erlon, cuya infantería habia logrado apoderarse del camino de Ohain, y seguía batiéndose á fusilazos con los batallones de Paek y de Kempt medio destruidos, le dijo estas palabras.—*Mantente aquí firme, porque si tú y yo no morimos aquí bajo las balas de los ingleses, no nos está reservada otra suerte que la de caer miserablemente bajo las balas de los emigrados.*—¡Triste y doloroso vaticinio! Este héroe sin par, yendo de sus infantiles á sus jinetes, los mantiene bajo el fuego, y está allí en persona, milagro vivo de invulnerabilidad, pues semeja que no le pueden tocar las balas enemigas. Cuatro mil de sus jinetes muerden el polvo, pero en desquite diez mil ingleses entre jinetes é infantiles han pagado con la vida su tenaz resistencia. Casi todos los generales ingleses tienen heridas más menos graves. Socolor de llevarse á los heridos una porción de fugitivos han escapado con los asistentes, los cantineros y los conductores de bagajes hácia el camino de Bruselas, gritando que todo está acabado y que se ha perdido la batalla. Al revés los soldados que perseveran en las filas, no pierden un palmo de terreno. Elevando el duque de Wellington su firmeza á la altura del heroísmo del mariscal Ney, les dice que se aproximan los prusianos, que van á asomar dentro de pocos instantes, y que de todos modos es menester morir en su espera. Mirando el reloj, como medio de salvacion invoca á Blucher ó á la noche. Pero le quedan treinta y seis mil hombres sobre la planicie, contra la cual se obsti-

na el mariscal Ney ardoroso, y no desespera todavía. Ney no desespera tampoco, y estos dos grandes corazones mantienen en equilibrio los destinos de ambas naciones. Un extraño fenómeno de lasitud se efectua entonces. Extenuados los combatientes cesan de atacarse por espacio de una hora. Apenas disparan los ingleses algunos cañonazos con los restos de su artillería, á la par que los jinetes franceses permanecen incontrastables, teniendo detrás sesenta cañones conquistados y miles de cadáveres bajo sus plantas.

Durante este combate sin ejemplo, digno y terrible fin de este sangriento siglo, el coronel Heymes fué á pedir infantería á Napoleon en nombre del mariscal su gefe.—¡Infantería! pronunció Napoleon sin poder reprimir su enojo. ¿Y de dónde quiere que la saque? ¿Quiére que la mande hacer por ventura?... Ved lo que tengo encima, y mirad lo que me queda....—Con efecto, hácia la derecha, el estado de las cosas vino á ser por extremo grave. Al cuerpo de Bulow fuerte de treinta mil hombres, que trataba Napoleon de contener con los diez mil soldados de Lobau, se venían á juntar espesas columnas, que se divisaban en las hondonadas cubiertas de matorrales, de donde salia el ejército prusiano. Evidente era que se iba á hacer cara á todas las fuerzas de Blucher, esto es, á ochenta mil hombres, sin que se les pudiera oponer mas que la infantería de la Guardia, reducida á trece mil combatientes, pues su caballería y las reservas todas, así coraceros como dragones acababan de ser empleados y gastados por el mariscal Ney en una tentativa prematura (1). Por lo que hace á la lle-

(1) Puestas en cuestion han sido las aserciones de Na-

gada de Grouchy ya no la esperaba Napoleon ni por asomo, pues no tenia la menor noticia del gefe de su ala derecha, y paseando por el horizonte el ojo mas ejercitado y aplicando el oido mas sutil, imposible era divisar la mas leve sombra, ni per-

pleon sobre este punto, y hasta se ha llegado á suponer que mandó el movimiento de caballería ejecutado por el mariscal Ney de una manera tan prematura. Ante todo repetiré que, si toda asercion venida de Santa Elena no es necesariamente verdadera, tampoco es necesariamente falsa. Napoleon ha dicho en la Relacion que lleva el nombre del general Gourgaud, y repetido en la que lleva el suyo propio, que recomendó á Ney establecerse en la Haye-Sainte y esperar sus nuevas órdenes en este sitio; que sintió vivamente la carga de caballería del mariscal, si bien una vez emprendida, se determinó á darla apoyo. Tan verosímil es la asercion que me inclino á prestarla asenso; y además de su exactitud hay pruebas, que me parecen convincentes. Desde luego Napoleon estaba tan preocupado del ataque de los prusianos que suspendió toda otra accion que la dirigida en su contra, y tanto que hasta despues de contener á Bulow no quiso dedicar á otro objeto ni un solo batallon de la Guardia. ¿Cómo, pues, se ha de admitir que, no queriendo segregar de su derecha ninguna porcion de su infantería de reserva, se acomodara á que se lanzase al ataque su gruesa caballería sin apoyo alguno de infantes? ¿Cómo se ha de admitir que un capitán de tanta pericia cometiese la falta de empujar su caballería, sin poder aun disponer de ninguna porcion de infantería que fuera en su ayuda? Verdaderamente es temeridad grande la de porfiar en hacer que mandara una cosa que no le ocurriera al general mas negado. Tal vez se responderá que Ney lo hizo á pesar de todo. Pero, además de que Ney distaba de Napoleon muy mucho, Ney estaba sobre el terreno, y excitado, y fuera de sí; no mandaba en gefe, y no estaba al alcance de lo que Napoleon sabia perfectamente, esto es, que por de pronto no se podia esperar el mas leve auxilio de infantería. Por consiguiente, la falta, concebible en Ney, no lo fuera en Napo-

cibir el mas vago ruido que revelase su presencia, ni su aproximacion siquiera. Asi la infantería de la Guardia demandada á Napoleon era su único recurso contra una catástrofe espantosa. Efectivamente, si cuanto le enviaba á decir Ney acerca

leon de ningun modo. Y aun quedan los testimonios concluyentes.

Testigo ocular y defensor de Ney muy resuelto, el coronel Heymes, al hablar de esta famosa carga de caballería, no se atreve á decir que por Napoleon fuese ordenada. Si existiera esta excusa, la alegara de positivo. Se limita á decir que Ney quiso tomar posesion del terreno y de los cañones, que de resultas del movimiento retrógrado del duque de Wellington parecian abandonados. Evidentemente se patentiza que no existe de ninguna manera tan radical excusa, puesto que no la alegan los mismos que, por justificar al mariscal Ney, han desfigurado los hechos. Finalmente hay otra prueba, que en mi concepto es decisiva. Escribiendo Napoleon en Laon el Boletin detallado de la batalla á la vista del mariscal Ney, que podia muy bien desmentir sus aserciones, y que no omitió efectivamente impugnar este Boletin en la Cámara de pares á los dos dias, no vacila en decir que, cediendo á un *ardimiento irreflexivo*, la caballería atacó sin órden suya. Por testigos presenciales y fidedignos sé que, al redactar en Laon el Boletin, Napoleon dijo estas palabras.—Bien podia imputar á Ney la principal falta de la jornada, pero no lo haré.—Por esto, sin nombrar á Ney, atribuyó con verdad *al ardimiento de la caballería* la falta cometida de gastar las fuerzas todas de la caballería francesa antes del momento oportuno. Ciertamente no aventurara tal especie delante de Drouot y de tantos testigos oculares, si la carga en cuestion hubiera provenido de órden suya. Sobre todo esto hay la circunstancia de que, haciendo Ney á los dos dias en la Cámara de pares, una violenta salida contra la direccion general de las operaciones, contra Napoleon, en una palabra, no se atrevió á aventurar la excusa de que le fué ordenado aquel intempestivo uso de la caballería,

de la situación del ejército británico lo pudiera ver con sus propios ojos, si no arreciando tanto el peligro á su derecha, le fuera dado contener á Bulow con las tropas de Lobau tan solo, se debiera arrojar con la infantería de la Guardia sobre los ingleses, para consumir su ruina, y revolver despues contra los prusianos, para oponerles restos sin duda, aunque restos triunfantes. De tal modo saliera de esta refriega como un valiente que, obligado á luchar contra dos enemigos, al uno vence tras el otro, cayendo punto menos que exanime sobre el cadáver del postrero. Mas dudaba del juicio de Ney,

lo cual diera por tierra con un cargo, que corria á la sazón de boca en boca. Verdadera notoriedad habia adquirido en el ejército por entonces, y mas de una vez se lo he oido así á testigos presenciales, la escena contada en la relación del general Gourgaud y en que pronuncia el mariscal Soult estas palabras: *Ese hombre todo lo va á comprometer como en Jena.*

Por tanto, á mi ver consisten las pruebas irrefragables en que, suspendiendo Napoleon la acción por causa de los prusianos, no podia en tal momento prescribir una carga general de su caballería; en que, estando Ney en Laon para desmentirlo, sin titubear estampó al redactar el Boletín que la carga fué obra de un *ardimiento irreflexivo*; y en que, al dirigirle Ney violentas recriminaciones á los dos dias en la Cámara de pares, no hizo de ningún modo valer la excusa tan obvia y tan cabal de que éste *ardimiento irreflexivo* fuese obra de Napoleon, por haberlo autorizado con su mandato. Me parece, pues, fuera de duda que Ney se vió arrastrado á la acometida, y que, una vez comenzado el movimiento, Napoleon se resignó á darle apoyo, porque en verdad no podia obrar de otra suerte. Así la segunda orden ha dado margen á suponer la existencia de la primera. Yo no hago aquí papel de apologista, sino de historiador que busca la verdad ni mas ni menos.

y no le perdonaba su precipitación, y veia al ejército prusiano salir todo entero de aquel abismo, cuya abierta boca vomitaba sin cesar nuevos enemigos. De consiguiente quiso atajar á los prusianos por medio de un ataque á fondo, antes de ir á ver de ganar una batalla dudosa en su centro, mientras dejaba otra, que probablemente seria perdida y mortal á su derecha. No obstante, pasado el primer arrebato, y recuperando su dominio sobre sí propio, al mariscal Ney envió una respuesta menos dura y menos desconsoladora que la dada al coronel Heymes de golpe. Este recibió el encargo de manifestarle que, si sobre la planicie del Monte de San Juan era la situación dificultosa, no lo era menos á las margenes del arroyo de Lasne; que tenia encima á todo el ejército prusiano; que así que lograra rechazarle ó contenerle cuando menos con la Guardia iría á dar remate por medio de un esfuerzo desesperado á la victoria medio alcanzada sobre los ingleses; que hasta entonces convenia mantenerse á toda costa en la planicie, puesto que Ney se habia dado tanta prisa á preparar a su combate, y que se le llevaria pronto y eficaz auxilio, con tal de que se mantuviera allí una hora.

Con efecto, mientras el coronel Heymes iba á llevar al mariscal Ney una contestación tan distinta de la que esperaba anheloso, el combate contra los prusianos se hizo no menos terrible que contra los ingleses. Llegado personalmente Blucher al terreno, esto es, á las alturas de las margenes del arroyo de Lasne, en claro distinguia lo que pasaba sobre la planicie del Monte de San Juan por entonces, y aunque no le desazonara ver á los ingleses en apuro, y castigarles así por lo tardío en su sentir del

socorro, con que le acudieron hácia Ligny dos días antes, no queria de ninguno modo comprometer la causa comun por mezquinos resentimientos. Divisando las formidables acometidas de los coraceros desde tal distancia, á Bulow ordenó que forzara la derecha de los franceses, á Pirch I que le diera apoyo con sus quince mil hombres, á Ziethen que con sus otros quince mil soldados fuera por el camino de Obain á sostener la izquierda de los ingleses, y á todos que apretaran el paso y se conducirán de forma de terminar la guerra en esta memorable jornada.

Blucher habia transmitido su ardimiento á todas las almas, y excitados los prusianos por el patriotismo y por el odio hacian inauditos esfuerzos por establecerse encima del promontorio alzado entre los arroyos de Smohain y de Lasne. Mientras las divisiones de Losthin y de Hiller pugnaban por apoderarse de las quintas de Fricheront y de Hanotelet, entre una y otra dejaron un espacio, que ocupó Bulow con los jinetes del principe Guillermo. A caballo el valiente conde de Lobau en medio de sus soldados, cuyas filas dominaba con su elevada estatura, muestras daba de imperturbable sangre fria, y se retiraba lentamente y como en un campo de maniobra, ora lanzando la caballeria de Subervic y de Domon sobre los escuadrones del principe Guillermo, ora conteniendo por medio de cargas a la bayoneta á la infanteria de Losthin á su izquierda, y á la de Hiller á su derecha. Ya eran las seis de la tarde, y dos mil quinientas habia perdido de siete mil quinientas bayonetas, no quedándole de consiguiente mas que cinco mil infantes en contra de treinta mil hombres. Su ma-

yor peligro consistia en ser rebasado hácia su derecha, dado que por envolverle del todo hacian inmenzos esfuerzos los prusianos. Con efecto, remontando el arroyo de Lasne hasta su nacimiento, se llegaba á la aldea de Planchenois, situada detrás de la Bella Alianza, esto es, sobre la derecha y á la espalda de los franceses. Por tanto, si el enemigo seguia por la quebrada y penetraba en aquella aldea, situada en el mismo fondo, rebasados quedaban los franceses del todo, y perdian la calzada de Charleroy, su única linea de retirada. Con este designio dispuso Bulow que la division de Hiller fuese apoyada por la de Ryssel, y de seguida empujó a una y otra por el barranco hácia Planchenois, á la par que cuidaba de que hácia Fricheront á la division de Hosthin llevara ayuda la de Hacken. A la vista de tal peligro acudió Napoleon al terreno en persona, y de seguida suministró al conde de Lobau cuantos auxilios tenia disponibles. Sobre la izquierda destacó la division de Durutte del cuerpo de tropas de Erlon hácia las quintas de la Haye y de Papelotte, con el fin de establecer un eje sólido en el seno del ángulo formado por la linea francesa de batalla. Sobre la derecha de Planchenois envió al general Duhesme con la Joven Guardia y veinte y cuatro bocas de fuego de la reserva, para defender allí un puesto, al cual bien se podia denominar las Termópilas de Francia. En este momento el general Duhesme, oficial consumado y con ocho batallones de la Joven Guardia, que ascenderian á unos cuatro mil hombres, de defensores llenó los dos bordes de la quebrada, á cuya extremidad se hallaba construida la aldea de Planchenois. Mientras hacia que llovieran balas de ca-

ñon y metralla sobre los prusianos, sus jóvenes infantes, apostados unos entre los árboles y la maleza, metidos otros en las casas, se defendían con un mortífero fuego de su fusilería, y no se mostraban dispuestos á dejarse arrancar su posición asaltada por más de veinte mil hombres.

Habiendo Blücher dado orden de atacar la aldea de Planchenois, como á las seis y media de la tarde forma Hiller seis batallones en columna, y tras de vomitar sobre la aldea balas de cañon y muchas bombas, á bayoneta calada trata de penetrar en su recinto. Al principio desde las ventanas hacen los franceses un terrible fuego, en seguida el mismo Duhesme se arroja con uno de sus batallones, y arroja á los prusianos á la bayoneta, y los repele al fondo del barranco, donde su artillería los cubre de metralla. Allí se repliegan en desorden y horriblemente maltratados despues de su tentativa infructuosa. Entonces Blücher reitera la orden absoluta de tomar á Planchenois á toda costa, y á la vista misma de su gefe rebace Hiller sus batallones, tras de consentirles un instante de respiro, les agrega ocho mas al punto, y á la cabeza de catorce vuelve á la carga, muy resuelto ahora á hacerse dueño de la posición tan violentamente disputada. Estos catorce batallones se meten en la hondonada, á cuyos dos bordes se hallan apostados los franceses, y avanzan por entre un verdadero abismo de fuego. Aun cuando caen á centenares, sus filas estrechan de continuo al marchar por encima de los cadáveres de sus camaradas, se empujan unos á otros, y acaban por penetrar en aquella infeliz aldea, á fin de llegar al mismo nacimiento del barranco. Para desembocar en la calzada de

Charleroy les falta solo dar un paso. Conmovidos de haber sufrido esta especie de violencia se repliegan los jóvenes soldados franceses. Pero Napoleón está cerca de ellos, y á la Vieja Guardia le toca repararlo todo. Esta invencible tropa no puede consentir que se le arranque la salvacion del ejército con su única línea de retirada. Napoleón llama al general Morand, y dándole un batallon del 2.º regimiento de granaderos y otro del 2.º de cazadores le manda que repela esta alarmantisima tentativa sobre su derecha. Al frente de los dos batallones, les dice Napoleón estas palabras.—Amigos, hénos llegados al instante supremo; no hay que disparar tiros, sino acometer al enemigo cuerpo á cuerpo, y precipitarse con la punta de vuestras bayonetas á ese barranco, de donde ha salido, y desde donde amenaza al ejército, al imperio y á Francia.—*Viva el emperador!* es la única respuesta de esta heroica tropa. Roto el cuadro, los dos batallones designados forman en columna, y uno por la derecha y otro por la izquierda van á los bordes de la quebrada, de donde ya desembocan en gran número los prusianos. Con paso firme y robusto brazo los acometen de seguida, y ante su empuje cede todo. Furiosos contra los enemigos que aspiran á rebasarles á toda costa, ó derriban ó pasan á cuchillo á cuantos oponen resistencia, y pronto convierten en un torrente de fugitivos los batallones que acababan de vencer á la Joven Guardia. Ora hieren, ora machucan á sus contrarios, haciendo uso de las bayonetas ó de las culatas de sus fusiles, y tauto es el ardimiento que un tambor mayor mata con el puño de su baston á cuantos logra dar alcance. Arrastrados por el torrente, que es

obra suya, los dos batallones de la Vieja Guardia se precipitan á lo hondo del barranco, y detrás de los prusianos trepan á la opuesta pendiente hasta muy cerca de la aldea de Maransart, situada al frente de la de Planchenois. Sin embargo, allí se les detiene con la metralla, y se tienen que replegar de prisa; pero quedan señores de Planchenois y de la calzada de Charleroy, y para esta venganza de la Joven Guardia por la Vieja bastaron solo dos batallones, pudiéndose muy bien calcular que hicieron dos mil víctimas en tan espantosa carga.

Al presente, según las apariencias, se podía ya considerar como repelido el terrible ataque intentado de flanco por los prusianos. Si sobrevenia algun accidente, á juzgar por las probabilidades, no podía ser otro que el de la aparición de Grouchy que, esperada tan largo tiempo, se efectuaría al cabo, y traería de esta suerte sobre los prusianos un verdadero desastre, porque se ballarian entre dos fuegos. Efectivamente, cañoneo se oía hácia la parte de Wavre, lo cual atestiguaba la presencia sobre este punto del ala derecha de los franceses; pero el destacamento formalmente demandado á Grouchy debía estar en camino, y solo con que asomara á espaldas de Bulow se alcanzarían resultados de monta. Hacia el ángulo de la línea de batalla, Durtte se mantenía en Papelotte; sobre el centro y á la izquierda la planicie del Monte de San Juan seguía ocupada por la caballería francesa; á los pies de Napoleon se acababan de traer las seis banderas conquistadas por sus jinetes á los infantes contrarios. Al parecer se aclaraba la perspectiva de la jornada sombría á los principios. Ya respiraba el corazón de Napoleon oprimido un ins-

tante, y podía contar con una nueva victoria, llevando la infantería de la Guardia, á la sazón ya libre, detrás de su caballería, para consumar la derrota de los ingleses. Hasta ahora sesenta y ocho mil franceses habían hecho cara á muy cerca de ciento cuarenta mil ingleses, prusianos, holandeses y alemanes, y les habían arrancado la mayor parte del campo de batalla.

Aprovechando rápidamente el momento decisivo, el del ataque rechazado de los prusianos, para lanzar su reserva sobre los ingleses, Napoleon ordena que se junte la Vieja Guardia y se traslade al centro de su línea, esto es, á la planicie del Monte de San Juan, y por entre las filas de los coraceros se arroje sobre la infantería británica ya extenuada. Aunque también lo está la caballería francesa, al ver empeñada á la Vieja Guardia, no puede menos de recuperar bríos para cargar por vez postrera, y dar remate á la horrible lucha. Verdad es que no quedará ninguna reserva para atender á un accidente imprevisto; pero el gran jugador ha llegado á la extremidad suprema en que la desesperación es cordura.

De los veinte y cuatro batallones de la Guardia, reducidos despues de Ligny á uno menos, aun le quedaban á Napoleon trece sin tomar parte en la pelea. Ocho de la Joven Guardia se habían fatigado sobremanera en Planchenois, y aquí eran todavía indispensables; dos de la Vieja Guardia habían decidido la derrota de los prusianos, y tampoco debían abandonar el puesto. De los trece restantes, uno se hallaba formado en cuadro sobre el empalme del camino de Planchenois con la calzada de Charleroy, y no era mucho para guardar la línea

de comunicacion suya. Aun empleando los últimos recursos, no se podia eximir de dejar en el cuartel general dos batallones, para atender á algun incidente, como por ejemplo, una nueva tentativa que sobre Planchenois ejecutaran los prusianos. Asi Napoleon deja los dos batallones del primer regimiento de granaderos en Rosomme, algo detrás de la quinta de la Bella Alianza, y en persona conduce los otros diez batallones, que sumarian un total de seis mil infantes. Pertenecientes eran á la Vieja y la media Guardia, soldados todos mas ó menos veteranos, experimentados todos, dispuestos á vencer ó morir, y muy capaces de forzar cualquiera linea de infanteria.

Ocupado estaba Napoleon en alinearlos en columnas de ataque al borde del valle, que le separaba de los ingleses, cuando oye algunos tiros de fusil hácia Papelotte, esto es á la parte del ángulo de su linea de batalla. Su corazon siente una especie de estremecimiento. Quizá se efectúa la llegada de Grouchy, quizá un nuevo desbordamiento de prusianos, y en la duda prefiere que no sea nada. Pero se aumentan sus inquietudes, al ver que los soldados de Durutte abandonan la quinta de Papelotte, al grito de *sálvese el que pueda*, proferido por la traicion, ó por los que la temen acaso. Napoleon espolea su caballo hácia los fugitivos, les habla y les conduce á su puesto, y torna á la Haye-Sainte, cuando alzando los ojos hácia la planicie, nota algun movimiento en su caballeria inmóvil hasta entonces. Un siniestro presentimiento cruza por su alma, y comienza á recelar que sus jinetes desde aquella eminencia hayan divisado nuevas tropas prusianas. Al punto, sin dar nada á la pesadum-

bre, y dando á la accion todo, á galope despacha á La Bedoyère para que recorra las filas de los soldados, y les diga que los tiros que se oyen son disparados por Grouchy, y que se aproxima un gran resultado, con tal de que aun se mantengan firmes algunos instantes. Despues de encargar á La Bedoyère la divulgacion de esta útil mentira de derecha á izquierda del campo de batalla, se decide á lanzar á la planicie del Monte de San Juan los diez batallones de la Guardia que ha llevado consigo. Cuatro confia al valiente Friant para ejecutar un ataque furioso, de concierto con Reille que para esta postrera tentativa debe allegar los restos de su cuerpo de tropas, y luego dispone los otros seis diagonalmente de la Haye-Sainte á Planchenois, para enlazar su centro con su derecha, y estar apercebido para los nuevos sucesos que teme de lijo. Si estos sucesos no ofrecen la gravedad que supone en su mente, su intencion es que estos seis batallones sigan á los cuatro primeros, para forzar á toda costa la linea inglesa, y terminar asi la jornada.

Conduciendo por la calzada de Bruselas á los cuatro batallones destinados al primer ataque, Napoleon encuentra á Ney en el camino, gritando casi fuera de sí que la caballeria va á abandonar el campo, si no se le acude con un poderoso socorro de infanteria en el mismo instante. Napoleon le dá los cuatro batallones que lleva consigo, otros seis le promete para muy pronto, sin añadir, por no ser necesario, que de la carga que va á ejecutar inmediatamente depende la salvacion de Francia. Ney toma los cuatro batallones y con ellos trepa á la planicie, á la par que Reille se apresta á des-

embocar del bosque de Goumont con los restos de su cuerpo de tropas.

Mientras Ney y Friant se disponen para el ataque, al ver el duque de Wellington las gorras de pelo de la Guardia, claramente concibe que ha sonado la hora suprema, y que la grandeza de su patria y la suya propia van a ser el galardón de este postrer esfuerzo.—A lo lejos ha divisado nuevas columnas prusianas, y con la esperanza de que le ha de llegar socorro, decididísimo está á mantenerse firme hasta el último extremo, aunque á su espalda ya cubren masas de fugitivos la gran calzada de Bruselas. A sus compañeros de armas aspira á infundir el vigor de su alma. Kempt, que ha sucedido en el mando del ala izquierda á Picton, recién muerto, le envía á pedir auxilio, por no quedarle mas que dos ó tres mil hombres.—Que mueran todos, le responde, yo no puedo enviar refuerzos.—Hill, segundo gefe del ejército, le dice estas palabras:—Aquí podeis morir. ¿Qué órdenes me dejais?—La de que muera hasta el último hombre, si es preciso, hasta dar lugar á que lleguen los prusianos.—Tras de pronunciar el duque de Wellington esta noble frase, estrecha su línea y la dobla levemente como un arco, de forma de coger entre fuegos concéntricos á los nuevos asaltadores; luego hace que los Guardias de Maitland se tiendan en el suelo, é inmóvil aguarda á la Guardia imperial en su acometida.

Con efecto, Ney y Friant siguen el avance á la cabeza de sus cuatro batallones, y en escalones los hacen desembocar sobre la planicie, al de la izquierda el primero, y sucesivamente á los otros, cada uno de ellos algo á la derecha del que va de-

lante. Así que asoma firme y alineado el primero, le recibe la metralla, y parte sus filas en cien pedazos. Sin retroceder nada flota la línea de las gorras de pelo, y luego avanza con heroica firmeza. A su turno desembocan los demás batallones, y con la misma serenidad sufren igual fuego. Para disparar sus fusiles hacen alto, y con un fuego terrible devuelven el daño que han recibido. Entonces atraen parte de los golpes del enemigo las divisiones de Foy y de Bachelu del cuerpo de Reille al desembocar por la izquierda. Tras de descargar los batallones de la Guardia sus fusiles, se aprestan á calar bayoneta, para empeñar con la infantería británica un desafío á muerte, cuando á una señal del duque de Wellington se levantan los Guardias de Maitland del suelo, y casi á boca de jarro hacen una horrorosa descarga. Lejos de retroceder los batallones de la Guardia ante esta cruel sorpresa, más y más estrechan sus filas para proseguir el avance. Modelo del antiguo ejército descende el anciano Friant gravemente herido y ensangrentado para anunciar como segura la victoria, si nuevos batallones van en ayuda de los primeros. Al paso encuentra á Napoleon, que, después de formar en cuadro á media ladera un batallón de la Guardia para contener á la caballería enemiga, personalmente conduce los únicos cinco batallones ya disponibles al ataque de la línea inglesa. Mientras á las palabras de Friant da oídos, siempre con los ojos fijos hácia la derecha, de pronto divisa en dirección de Papelotte cerca de tres mil jinetes, que se precipitan al declive del terreno. Pertenecientes son á los escuadrones de Vivien y de Vandeleur; y se arrojan á la carga al

descubrir la aproximacion del cuerpo de tropas de Ziethen por el camino de Ohain, y al conocer de consiguiente que están apoyados. Mientras el cuerpo de Pirch habia ido á sostener á Bulow, siguiendo á lo largo de la selva de Soignes fué el de Ziethen á apoyar al duque de Wellington por su izquierda. Ya eran las ocho de la noche, y su presencia lo iba á decidir todo. En un abrir y cerrar de ojos la caballeria de Vivien y de Vandeleur inonda el centro del campo de batalla. Napoleon que, formado en cuadro habia dejado á media ladera del valle uno de sus batallones, á los demás forma presurosamente de igual modo, para impedir que su línea fuese rota entre la Haye-Sainte y Planchenois. Si la caballeria de la Guardia estuviese intacta, de los escuadrones de Vivien y de Vandeleur se desembarazaria fácilmente, y una vez limpio el terreno, á sí podria atraer á su izquierda y su centro empeñados sobre la planicie del Monte de San Juan, retirándose despues en buen orden sobre su derecha, y allegando las reliquias de sus tropas, y durmiendo sobre el campo de batalla. Pero de toda la caballeria de la Guardia, á lo sumo conserva cuatrocientos cazadores para oponerlos á tres mil jinetes enemigos. Sin embargo, los lanza en su contra, y precipitándose estos cuatrocientos valientes sobre los escuadrones de Vivien y de Vandeleur, al primer empuje arrojan á los mas cercanos, si bien de seguida se ven forzados á retroceder ante la oleada siempre creciente de la caballeria contraria. Una verdadera muchedumbre á caballo y con el uniforme inglés ó prusiano llena en un instante el campo de batalla. Formados como incontrastables ciudadelas, con sus

fuegos la cubren los batallones de la Guardia, si bien no pueden impedir que se extiendan en todas direcciones. Para colmo de desventura de los franceses, la infanteria de Ziethen llegada detrás de la caballeria prusiana, se arroja sobre la division de Durutte medio destruida, la toma las quintas de la Haye y de Papelotte, y á los franceses arranca de este modo el eje sobre que se apoyaba el ángulo de su línea de batalla. Todo es desorden y confusion desde entonces. Viéndose envuelta la gruesa caballeria mantenida sobre la planicie del Monte de San Juan por el teson de Ney, se retira para no verse cortada del resto de las tropas. Este movimiento retrógrado sobre un terreno en declive, se transforma presto en un torrente impetuoso de hombres y de caballos. Se desbandan los restos de Erlon detrás de la caballeria. Embriagado de gozo el general inglés, que hasta ahora solo se habia limitado á la defensiva, de pronto pasa á la ofensiva, y avanza con su línea en contra de los batallones de la Guardia ya reducidos á la mitad de su fuerza. De izquierda á derecha los ejércitos inglés y prusiano marchan sobre los franceses, precedidos de sus cañones, que vomitan fuegos destructores. No disimulándose Napoleon el desastre, á lo menos trata de agrupar á los fugitivos sobre los batallones de la Guardia, que se mantienen firmes en los cuadros. Con la desesperacion en el alma, y la tranquilidad en el semblante, allí permanece bajo una lluvia de fuego para sostener á su infanteria, y oponer un dique al impetu de dos ejércitos victoriosos. A la sazón montaba un caballo tordo mal amaestrado, y encabritándose al estampido de las balas y de las bombas; á su paje Gudin pide otro;

dispuesto á recibir como un beneficio el golpe que le arranque la vida.

Continuando el avance los ejércitos inglés y prusiano, los cuadros de la Guardia, que á los principios han hecho cara á la caballería, se ven obligados á retroceder á impulsos de la acometida de sus contrarios y del tropel de fugitivos. Tras de acreditar el ejército francés en esta jornada un valor sobrehumano, de súbito cae en el abatimiento, que sigue á las violentas emociones. Desconfiando de sus gefes, y fiando en Napoleon tan solo, y no viéndole para colmo de su desdicha desde que las tinieblas envuelven el campo de batalla, pregunta por él, y le busca, y no le encuentra, y le cree muerto, y se abandona á una desesperación verdadera.—Esta herido, dicen unos, ha muerto, dicen otros.—Y de resultas de esta noticia de invención suya, el desventurado ejército francés huye en todas direcciones, suponiendo que se le ha vendido, ó que muerto Napoleon ya nada tiene que hacer en el mundo. Si detrás hubiese entero un cuerpo de tropas, que le pudiera servir de punto de enlace, y decirle la verdad, y enseñarle a Napoleon vivo, aun hiciera alto, y pronto á pelear y á morir. Pero hasta el último hombre lo ha dado todo, y cuatro ó cinco cuadros de la Guardia en medio de ciento cincuenta mil hombres victoriosos son á semejanza de tres ó cuatro cumbres de roca, que el Océano furioso cubre con su espuma. Ni aun siquiera divisa el ejército ya estos cuadros, anegados en medio de las oleadas enemigas, y huye desordenadamente por el camino de Charleroy. Allí encuentran los trenes de la artillería, que llevan sus arcas vacías, despues de agotar las muni-

ciones. Auméntase la confusión de resultas, y muy pronto la calzada de Charleroy se transforma en un verdadero caos, donde dominan el tumulto y el espanto. Ya la historia no tiene que referir mas que desesperaciones sublimes, y las debe trazar para honra eterna de los mártires de la gloria de Francia, y para castigo de los que sin razón prodigan la sangre de los hombres.

Empujados los restos de los batallones de la Guardia al fondo del valle, se niegan á la rendición y se baten de continuo. Entonces se oye en boca del general Cambronne según unos, ó del coronel Michel según otros, esta frase, que atravesará los siglos; *La Guardia muere. no se rinde.*—Cambronne, herido casi mortalmente, queda tendido en el suelo, por no querer que para llevarse le abandonen los soldados sus filas. Se obstina en lidiar y en no rendir las armas el segundo batallón del tercer regimiento de granaderos en el fondo del valle, reducido de quinientos á trescientos hombres, teniendo á sus plantas los cadáveres de sus camaradas y delante centenares de jinetes por tierra. Sus filas estrecha á medida que las aclara la muerte, y acometido á la vez por sus cuatro caras, hace una descarga terrible que derriba á cientos de jinetes enemigos. Furiosos los vencedores traen artillería y asestan disparos certeros contra los cuatro ángulos del cuadro. Derribados los ángulos de esta fortaleza viva, se estrecha el cuadro al punto, y no presenta mas que una figura irregular, aunque persistente. Sus filas desdobla con el fin de ocupar mayor espacio y de proteger á los heridos, que buscan amparo en su seno. Cargado nuevamente, aun se mantiene firme, y con sus fuegos echa por tierra á

mas contrarios. Ya muy poco numeroso para permanecer en cuadro, se aprovecha de un respiro á fin de tomar nueva forma, y entonces se reduce á un triángulo vuelto hácia el enemigo, de manera de salvar al retroceder á cuantos se han refugiado en su seno. Pronto sufren otra acometida.— ¡No nos rindamos! gritan aquellos valientes, que ya no son mas que ciento cincuenta.— Todos entonces, despues de disparar por última vez sus fusiles, se arrojan sobre la caballería encarnizada en su seguimiento, y con sus bayonetas matan hombres y caballos, hasta que al fin sucumben en este heroico y postrer esfuerzo. ¡Abnegacion sublime, que nada supera en la historia de los siglos!

Terminando Ney dignamente esta jornada en que para expiacion de sus faltas le fué concedida por Dios la ocasion de mostrar el mayor heroismo de que haya memoria, al descender de la planicie del Monte de San Juan despues de todos, se halla con los restos de la division de Durotte en retirada. Algunos centenares de hombres, nobles reliquias de esta brillante fuerza, y comprendiendo parte del regimiento 95.º á las órdenes del comandante Ruliere, se decidian á retroceder con sus armas. Algunos pasos habiase adelantado el general Durotte en busca de un camino, cuando Ney, sin sombrero, con su espada rota en la mano, desgarrado el traje, al ver un puñado de hombres armados, hácia ellos corre presuroso, para conducirlos al enemigo.— ¡Venid, amigos, les dice, venid á ver como muere un mariscal de Francia!— Arrastrados por su presencia y su lenguaje, estos bravos dan media vuelta y se arrojan sobre una columna prusiana, que va en su seguimiento. De pronto se ce-

ban en la matanza; pero muy luego son agobiados, y apenas salvan doscientos la vida. El comandante Ruliere rompe el hasta de la insignia de su regimiento, se guarda el águila debajo de la levita, y sigue á Ney, desmontado por quinta vez, y siempre sin una sola herida. A pie se retira el mariscal ilustre, hasta que un sargento de caballería le cede su caballo, para que se pueda incorporar al resto del ejército, salvado al fin por la noche, que cubre al fin como un velo fúnebre este campo de batalla, donde yacen setenta mil hombres muertos ó heridos, unos franceses, otros ingleses y prusianos.

En medio de esta escena horrible, huyendo en desorden los soldados franceses, y buscando al hombre á quien no cesaban de idolatrar á pesar de ser el principal autor de sus desventuras, por Napoleon preguntaban de continuo, y creyéndole muerto, se daban á correr mas de prisa. Verdaderamente como por milagro no habia sucumbido. ¡Pero así á Napoleon como á Ney deparaba la providencia un fin mas fecundo en enseñanzas! Despues de arrostrar mil veces la muerte, se dejó encerrar dentro del cuadro del primer regimiento de granaderos, de que el comandante Martenot era gefe. ¡Allí marchaba revuelto con una porcion de heridos, en medio de sus viejos granaderos, ufanos del deposito precioso fiado á su adhesión acrisolada, resueltísimo á no dejársele arrancar de las manos, y en esta jornada de desesperacion sin desesperar de los destinos de la patria, mientras su antiguo general tuviese aliento!

Por su parte, Napoleon no esperaba ya nada. Sobre un caballo seguía el movimiento de retirada

en el centro del cuadro, con el rostro sombrío aunque impasible, profundizando lo porvenir con su mirada penetrante, y descubriendo en el actual suceso otra muy distinta cosa que una batalla perdida. No salía de este abismo de reflexiones mas que para pedir noticias de sus lugartenientes, algunos de los cuales estaban á su lado, entre los heridos que se llevaba en sus filas este cuadro de la Guardia. De Ney se ignoraba el paradero. De Friant, de Cambronne, de Lobau, de Duhesme, de Durutte, se sabía que estaban heridos, y su suerte inspiraba zozobra, porque los prusianos pasaban á cuchillo á cuantos caían en sus manos. Fuerza es hacer á los ingleses la justicia, de que, sin conservar en esta sañuda guerra toda la humanidad que se deben unas á otras las naciones civilizadas, solos ellos respetaban á los heridos. Particularmente levantaron del suelo y atendieron mucho á Cambronne, postrado por las heridas mas graves. A decir verdad, en el cuadro, donde Napoleon se hallaba entonces, reinaba tal estupor que marchaban todos sin hacerse casi una pregunta. Solamente Napoleon dirigia algunas palabras, ora al mayor general, ora á su hermano Gerónimo, que no le abandonó un solo punto. A veces cuando los escuadrones prusianos apretaban de cerca, se hacia alto por un instante para ahuyentarlos á tiros del frente atacado, y luego se volvía á proseguir esta marcha silenciosa, é impelida de vez en cuando por la oleada de fugitivos ó por la de la caballería contraria. Así llegose á Genappe á cosa de las once de la noche. Sobre el puente de esta pequeña ciudad se habian amontonado los carros de la artillería, y tanto era el atascamiento que no podia

pasar nadie. Dichosamente el Thy, que resbala por Genappe era de facil paso, y todos se metieron en el agua para cruzar á la otra orilla. Hasta vino á ser una proteccion para los fugitivos, que sin la mas leve dificultad cruzaban uno á uno este escaso raudal de agua, á la par que era un obstaculo para el enemigo por marchar en formacion correcta.

En Genappe salióse Napoleon del cuadro donde habia encontrado asilo. Obstruidos por los heridos y los fugitivos acabaron por disolverse los demás cuadros. Desde Genappe cada cual se retiró como estuvo á su alcance. No pudiendo los artilleros conservar sus cañones, que realmente importaban menos que los caballos, se decidieron á cortar los tirantes, y salvaron los tiros. De esta suerte dejaron en manos del enemigo como doscientas bocas de fuego, sin haber perdido una sola durante la batalla. Muy de notar es que no más de una bandera perdieron los franceses, pues de las dos tomadas al cuerpo de Erlon, rescatada fué la del regimiento 45.º por Urban, sargento de lanceros. Tampoco les dejaron mas prisioneros que los heridos. Esta jornada costóles mas de veinte mil hombres, si bien incluyendo los cinco ó seis mil heridos quedados en poder de los ingleses. Unos veinte generales quedaron fuera de combate mas ó menos gravemente. Casi las mismas pérdidas que los franceses tuvieron los ingleses, á ocho ó diez mil hombres ascendieron las de los prusianos. Por consiguiente, mas de treinta mil hombres habia costado á los ingleses la jornada, aunque no costándoles como á los franceses la victoria. Entre la Bella Alianza y Planchenois se encontraron el duque de Wellington y el mariscal Blucher y se estrecharon

en los brazos, felicitándose del inmenso triunfo, que acababan de alcanzar sus armas. Derecho les asistía sin duda, pues el uno con su firmeza indomable, y el otro con su ardimiento de volver á comenzar la lucha, ambos habian asegurado el triunfo de Europa sobre Francia, y reparado brillantemente la falta de dar batalla delante de la selva de Soignes. Tras de las expansiones de su muy natural alborozo, Blucher, cuyo ejército no habia padecido tanto como el ejército inglés en la jornada, y cuya caballería estaba ilesa, se encargó de la persecucion de los fugitivos, que perfectamente cuadraba al odio de los prusianos contra los franceses. Horrores indignos de su nacion cometieron aquella noche, y hasta asesinaron al general Duhesme, que herido cayó en sus manos, si á la tradicion local se ha de dar asenso.

Por fortuna, si no estuvo expuesta la caballería prusiana á la extenuacion moral de la batalla, á la fatiga física de la marcha lo estuvo todo el dia, y así junto á las márgenes del Dyle hizo alto, con lo que los soldados franceses consiguieron llegar á las del Sambra, y cruzar su corriente por el Chatelet y Charleroy los unos, y por Marchiennes-au-Pont los otros. Donde quiera así los heridos como los fugitivos debieron cordial acogida á los belgas, que les trataron con el afecto de antiguos compatriotas, pues el año de 1814 concibieron odio contra los prusianos, y avivóse el sentimiento francés en sus corazones. Participes del dolor de su derrota, asilo dieron á cuantos soldados se refugiaron á sus casas.

Inmenso fué en Charleroy el atascamiento, aunque no tanto como en Genappe; mas la division

de Girard á las órdenes del coronel Matis se quedó atrás y protegió el paso. Napoleon permaneció en Charleroy algunos instantes con el mayor general y su hermano Gerónimo para expedir las órdenes oportunas. Al mariscal Grouchy envió un oficial que le comunicase de viva voz los tristes pormenores de la batalla del 18 de junio, y le prescribiese que emprendiera sobre Namur la retirada. Fian-do á su hermano Gerónimo el mando del ejército y dejándole de mayor general el mariscal Soult, á ambos recomendó que allegaran los restos de las tropas y los condujeran á Laon lo mas pronto que fuera posible. En persona les precedió al sitio designado, para juntar cuantos recursos estuvieran á su alcance despues de una catastrofe de tal monta. Por de pronto encaminóse á Filipeville acompañado de unos veinte jinetes pertenecientes á los diversos cuerpos de tropas.

A la vista de este desastre horroroso tras una insigne victoria alcanzada dos dias antes, se preguntará sin duda qué habia sido del mariscal Grouchy y qué de los treinta y cuatro mil hombres puestos por Napoleon bajo su mando. Ya se ha visto á este mariscal perdiendo la mitad del dia 17 de junio en buscar á los prusianos, donde no estaban de ningun modo, y descuidando asimismo poner en marcha á su infantería, que llegada á Gembloux á buena hora, al dia siguiente pudiera amañecer sobre la huella de los prusianos. Con todo, aun era muy reparable el daño, y hasta redundara en su provecho, si debidamente hubiera sabido emplear el dia 18 de junio. Con efecto, en Gembloux el mariscal Grouchy acabó por entrever la marcha de los prusianos, y por concebir que, en lugar de

pensar en volver á las márgenes del Rhin por Lieja, su designio estribaba en reunirse á los ingleses por Wavre, ora por delante, ora por detrás de la selva de Soignes. No pudo menos de conocer que su comision especial consistia en impedir que los prusianos se repusieran de su derrota, y sobre todo en separarlos de los ingleses. A mayor abundamiento, respecto de esta segunda parte de su encargo, la mas importante á todas luces, no abrigaba la mas remota duda, puesto que, escribiendo á Napoleon por la noche, le empeñaba la promesa de que á mantener á Blücher separado del duque de Wellington aplicaria todo el esmero. Con tal disposicion de ánimo se debiera poner en camino el 18 de junio al despuntar la aurora, esto es, á las cuatro de la mañana lo mas tarde, lo cual era muy hacedero de seguro, dado que el dia anterior no habia andado su infanteria mas que dos leguas y media. Pero, segun se ha visto de igual modo, sus órdenes de partida fueron dadas para las seis de la mañana al cuerpo de tropas de Vandamme, y al de Gerard para las siete. Hasta ocurrió que, haciendo el postrer sacrificio á sus falsas ideas del dia antes, á Wavre dirigió una parte de su caballeria y á Lieja la otra. De cualquiera suposicion que partiese para sus operaciones, enorme desacierto habia en emprender tan tarde la marcha, cuando tenia que perseguir vivamente á un enemigo vencido, y cuando necesitaba con especialidad no perderle de vista, para estorbar que sobre Napoleon llevara sus fuerzas. Por un descuido aun mas imperdonable, si es posible, no se aseguró de antemano el servicio de raciones, facilísimo en pais tan abundante, y todavia se retrasó mas la marcha

de las tropas. Asi, á pesar de la órden de partida dada para las seis á Vandamme, y á Gerard para las siete, hasta las ocho no pudo salir de Gembloux el primero, ni hasta las nueve el segundo, y solo á las diez se puso en movimiento la cola de la infanteria. Ademas, yendo los cuerpos de tropas solamente por un camino, sembrado de numerosas aldeas, á cada instante necesitaban desfilarse por angosturas, y como tambieu estaba muy blando el piso de resultas de la lluvia y del transito de los prusianos, lentamente siguieron adelante y obligados á hacer larguissimas paradas. A la cabeza iba el cuerpo de Vandamme, y suspendió su marcha diversas veces, y particularmente despues de cruzar por Sart-a-Vilham, se detuvo en Nil-Saint-Vicent largo tiempo. Cuando tenia que hacer alto, naturalmente obligaba al cuerpo del general Gerard á pararse de igual manera, é inmovilizada quedaba toda la columna. Estos retardos no provenian solamente de ir todos juntos por un solo camino, sino tambien de las vacilaciones del mariscal Grouchy que, no pudiendo ya poner en duda la retirada de los prusianos hácia Wavre, aun titubeaba en punto á la direccion que debia seguir á pesar de todo, y se inclinaba á dar por seguro que una parte de ellos habia tomado el camino de Lieja. ¿Y qué importaba en suma los que hubieran podido echar por tal camino? De desear hubiera sido que por allí marcharan todos, y dejarles ir á sus anchas, porque asi no se encontraran por entonces en situacion de influir sobre los sucesos, á lo menos sobre los de la jornada que iba á decidir de la suerte de Francia.

A eso de las once y media de la mañana llegó